

La Peste

Albert Camus

Traducción de Rosa Chacel

Editorial EDHASA. Barcelona, 2002

[La Peste. Editions Gallimard. Paris, 1947]

De una manera sorprendente y sin previo aviso, toda la humanidad se ha visto invadida por una pandemia que desconocíamos y de la que nadie ha sabido dar bastantes informaciones ni detalles explicativos. Se han hecho muchos esfuerzos para encontrar antecedentes comparables, y la epidemia de la llamada *gripe española* de 1919 ha surgido como un referente a comparar. Los millones de muertos de aquella ocasión se entiende que no son comparables a los datos actuales, dado que los recursos médicos y conocimientos técnicos de las ciencias de la salud actuales no tienen nada que ver con los sucesos de hace 100 años. Como tampoco son equiparables los recursos comunicativos que tenemos actualmente, que han permitido acelerar la transmisión de los datos y conclusiones obtenidas por los equipos médicos de cualquier lugar del mundo donde se está trabajando de una manera casi inmediata.

La actual pandemia, no una epidemia de gripe atípica, como se había tratado inicialmente, ha afectado a todos los colectivos sociales, de manera diferente según las franjas de edad, pero a todos los grupos sociales -sin duda con más gran virulencia a las clases más desfavorecidas- en todos los países, continentes y épocas del año.

Albert Camus escribía *La Peste* a mediados de la década de los 40, ubicando todos los hechos en la ciudad de Oran, a su Argelia natal. No hay que olvidar que eran los primeros tiempos de la paz posterior a la segunda guerra mundial y muchos países estaban absolutamente repercutidos, sin recursos ni estructuras organizadas para hacer frente a ningún tipo de emergencia sanitaria. El único factor argumental que podía influir positivamente en la novela era la realidad colonial que experimentaba el país con su vinculación con Francia.

El libro está escrito en un tono amable, que va progresando desde unos inicios más descriptivos de la realidad, con más crudeza y infatigables muestras de la terrible enfermedad que se extiende a toda la ciudad, hasta un entorno explicativo más personalizado sobre los efectos y reacciones que la población en general y los personajes, en particular, que se siguen con más atención dentro del argumento. En un momento, y a propósito de esto, el autor nos dice que... *el miedo y, con ella la reflexión, empezaron.*

La relectura de *la peste* nos ofrece numerosos paralelismos con las circunstancias de la pandemia actual. Muchos párrafos parecerían escritos por cualquier mano contemporánea y es un libro que nos hace descubrir que los momentos que

estamos viviendo actualmente ya habían sido descritos y pensados hace más de 70 años por el autor francés. Esta similitud describe firmemente como se interiorizó la conciencia colectiva (*toda la ciudad tenía fiebre*) y se fue creando una nueva cotidianidad en la convivencia con el miedo y el riesgo constante del contagio. Se ven crecer los sentimientos de separación, de sufrimiento, el abandono y el ansia de reencuentro y, en definitiva, se constata como la influencia de la enfermedad y la muerte acaban dominando las relaciones y la percepción de la vida en la ciudad.

También surgen, como está pasando en muchos países actualmente, las reacciones de incredulidad, que llevan a muchos ciudadanos a acusar la administración y en la clase política de todo lo que está pasando. Se teme y se sospecha que muchas informaciones quedan ocultas o llegan manipuladas a la población. Y esta desconfianza siempre crece en medio de una dualidad instalada entre la necesaria felicidad de la gente en su convivir versus la abstracción que representa la peste y sus temidas consecuencias. Queda bien patente que hasta que no la tienen, hasta que no la sufre alguien cercano, la llevan en el corazón como una realidad que no serán capaces de esquivar ni evitar. Este estado basal de miedo inevitable queda también marcado por la sensación de larga duración, el interminable sufrimiento al que nadie le sabe ver ninguna salida, ningún final: también Camus es capaz de concretarlo con la comparación que mejor habría sido un terremoto, ya que también habría sido una desgracia, habría llevado destrucción y muerte, pero todo habría sucedido de una sola vez.

La población va aprendiendo a valorar cuáles son los llamados servicios indispensables y deja de hacer planes, deja de proyectar intenciones y deseos, sencillamente pasa a vivir de instantes y de pequeñas experiencias esporádicas, sin poder darle ninguna otra trascendencia que el momento vivido.

El relato del libro hace una progresión que va de los elementos más externos descriptivos de paisajes, ambientes, aspectos físicos y va cambiando hasta abordar las cuestiones más personales, íntimas y emocionales de las personas. Es como un lento camino de fuera hacia adentro y termina tratando el triunfo de la incertidumbre y el miedo por encima de la curiosidad o la incredulidad. No deja de ser significativo que en las primeras páginas habla mucho de ratas, como agentes causantes y transmisores de la enfermedad, hasta centrarse más en hablar de las personas y los ámbitos más humanos y relacionales.

Toda la narrativa de *La peste* tiene una visible elegancia literaria, marcada por el marcado principio existencialista que la inspiró. Sin embargo, no entra en las profundidades filosóficas y humanísticas de su coetáneo Jean-Paul Sartre, más próximo a los planteamientos personales y morales de la filosofía que de la literatura, y lejos de las crueldades exageradas y nauseabundas planteadas por su predecesor, el checo Franz Kafka.

El reencuentro de *La peste* nos permite acercarnos al pensamiento íntimo que suscita una situación de epidemia generalizada, nos permite cuestionar todas las verdades, pretendidamente eternas, que han sido indiscutibles durante largos periodos



de tiempo y que, de golpe, un trastorno externo llega a cuestionar de manera implacable, obligándonos a revisar todos los elementos que forman parte de nuestra existencia.

Eulàlia Bassedas

Josep Amorós

Jaume Forn